

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Reforma del estado, movilización social y agenda pública: un debate en torno a la actualidad de las discusiones clásicas en la Argentina contemporánea.

Cecilia Cross, Nicolás Diana Menéndez.

Cita:

Cecilia Cross, Nicolás Diana Menéndez (2004). *Reforma del estado, movilización social y agenda pública: un debate en torno a la actualidad de las discusiones clásicas en la Argentina contemporánea*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/675>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

REFORMA DEL ESTADO, MOVILIZACION SOCIAL Y AGENDA PUBLICA: UN DEBATE EN TORNO A LA ACTUALIDAD DE LAS DISCUSIONES CLASICAS EN LA ARGENTINA CONTEMPORÁNEA,

CECILIA CROSS* ceciliacross@hotmail.com y NICOLAS DIANA

MENENDEZ** ndiana74@yahoo.com.ar, CE IL-PIETTE/CONICET

1. Introducción.

La Argentina de los 90 fue decididamente uno de los laboratorios privilegiados del neoliberalismo en los países periféricos. Sin embargo, no es posible comprender de qué forma y en qué medida las transformaciones llevadas a cabo, tanto en términos de política económica como de transformaciones del rol estatal, fueron realizadas en un contexto de amplio consenso social sin atender a los condicionantes socio históricos que permitieron la instalación del discurso hegemónico como "pensamiento único" frente al que fue imposible para la oposición articular alternativas políticamente viables. John M. Keynes (1972) parecía referirse a la Argentina con varias décadas de anticipación cuando decía que "Debe admitirse que los principios de *laissez faire* han sido confirmados en las mentes de pensadores importantes y del público razonable por la pobre calidad de las propuestas opositoras: proteccionismo por un lado y socialismo marxista por el otro".

Consideramos además, que contrariamente a los postulados librecambistas, el Estado juega y ha jugado sobre todo en el caso argentino, un rol preponderante en este proceso, no sólo en tanto actor económico sino como legitimador de los intereses expresados a partir del orden social inaugurado por el "modelo", durante la vigencia del cual el superlativo interés (económico) individual fue puesto en el primer término de las prioridades de la agenda pública. Es decir que las reformas y transformaciones en pos de las cuales solemos explicar los actuales niveles de pobreza e inequidad social no fueron realizadas a "las espaldas" de la población sino abierta y deliberadamente ante sus ojos. Esto plantea a su vez una enorme paradoja que fue explicada a partir de la debilidad de los intereses afectados (Oszlak, 1997), pero que creemos que además debe ser planteada a partir de la incapacidad de articular alternativas a la política oficial debido al alto nivel de popularidad del que gozaba la convertibilidad en su década de vigencia.

En orden a contribuir a este debate, en el presente trabajo repasaremos los ejes en función de los cuales observamos un cambio en la concepción del Estado en el discurso oficial, analizaremos las principales controversias en torno al rol del estatal en las sociedades contemporáneas para finalmente analizar, como esto fue vivido por un actor clave de esta transición, la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA).

2. La relación entre Estado y Sociedad: Un debate contemporáneo.

En las últimas décadas hemos asistido a un sinnúmero de discusiones en torno a las "transformaciones del Estado", algunas de las cuales retomaremos para

nuestro análisis. Frente a éstas queremos establecer como, primera medida, los aspectos que consideramos centrales para encarar esta discusión.

Es evidente que hablar de “transformación” supone adquirir una perspectiva histórica, en la cual los hechos son pensados como procesos, y los atributos conferidos a los actores en consideración no pueden ser vistos desde una perspectiva esencialista, dado que esto nos privaría de adoptar una visión dinámica de los fenómenos que pretendemos analizar.

Los debates en torno al Estado, con frecuencia, han adolecido de esta perspectiva dinámica, convirtiéndose en pugnas ideológicas carentes de reflexividad.

Por otra parte, dado que el Estado es una institución eminentemente política, es inevitable que los desarrollos en torno a él, adquieran también este carácter. En este sentido, entendemos que nuestro análisis no podrá sustraerse al influjo político de la discusión que pretendemos encarar.

Hemos sido testigos privilegiados de una fuerte transformación en la concepción política que el Estado ha transmitido respecto a sí mismo en el período que va desde 1999 hasta el 2003. De una concepción fuertemente neoliberal a otra que retoma, discutiblemente el modelo nacional popular (Martuccelli y Svampa, 1997), en lo que a intervención estatal se refiere. Más allá de los debates en torno al verdadero alcance de la ruptura entre los dos modelos, nos interesa considerar los factores que han llevado a un cambio en las prioridades de la agenda pública y del discurso oficial sobre el papel del Estado.

Estas dos concepciones suponen una mirada bastante polar en lo que se refiere al rol estatal, la relación mercado –estado y el papel del trabajo en la generación de riqueza.

La concepción neoliberal del estado, supone una separación tajante entre sociedad política y sociedad civil, que de distinción analítica se convierte en separación orgánica, negando la imbricación de estas dos esferas que se da en la práctica (Gramsci, 1986). En este contexto el Estado es sólo un administrador y el garante del orden social. Este modelo surgió en pleno auge del liberalismo de fines de Siglo XIX, en el que el rol regulador del mercado parecía revestir cierta eficiencia, las crisis de 1890 y 1930 dieron por tierra con este supuesto. Sin embargo, esa lección histórica no ha sido internalizada por muchos de los actores políticos (locales e internacionales) que dieron la base ideológica del modelo de convertibilidad. Esta perspectiva supone además que el circuito de reproducción del capital se encuentra en la esfera de la circulación y no de la producción. De esta forma en la medida en que el trabajo es uno de los costos empresario el rol de Estado es generar un entramado legal que permita su adaptación a las exigencias mercantiles, en una sociedad en la cual el bienestar social depende del eficiente funcionamiento del mercado.

En el modelo nacional popular, en cambio, remite a un estado del sistema político propio de una época de industrialización, que vitalizaba el crecimiento hacia adentro mediante la incorporación política de sectores populares y con un esfuerzo de movilización de masas (Martuccelli y Svampa, 1997). Dado que este modelo remite a un momento histórico y a un contexto global bastante diferente del actual, no pretendemos afirmar que este pueda ser retomado en su conjunto. Sin embargo, en la actualidad a nivel del discurso oficial, hallamos algunos rasgos similares en lo que refiere al papel del Estado como factor de integración política y

social y de distribución del excedente mediante el gasto en obra pública, así como del reconocimiento del trabajo como generador de riqueza.

A fin de comprender los mecanismos que operan en la construcción de un determinado discurso en torno al rol estatal, en lo que sigue repasaremos los debates contemporáneos en torno al rol del Estado en las sociedades contemporáneas.

2.1 Los debates centrales en torno al Estado

El Estado -su caracterización y conceptualización- ha sido discutido por muchas de las corrientes teóricas producto de su presencia constante y determinante en la vida de las sociedades modernas.

En lo que hace a la tradición liberal con base en la concepción hegeliana, se sostiene la idea del Estado como encarnación del “interés general”, que trasciende las mezquindades particulares de la sociedad civil, ámbito donde se constituyen la vida privada y los intereses individuales.

Para el liberalismo pluralista que se sustenta en esta tradición, el Estado es el espacio donde se dirimen los intereses en pugna, de los sectores sociales que compiten en la sociedad civil. De esta manera, el Estado es la arena política en la que se traduce la competencia entre actores sociales, resultado de la cual surgen ganadores siempre provisorios y limitados, que ejercen su dominio hasta que un nuevo actor social se adueña de la escena. La competencia electoral y la institucionalidad en general, aseguran la pugna de intereses entre actores -a priori- con las mismas posibilidades.

Dentro de la tradición liberal se encuentra una perspectiva tributaria de las concepciones economicistas de A. Smith y D. Ricardo. Esta, sostiene también la concepción del Estado como un actor más en la escena social dotado de una racionalidad particular e independiente de los intereses mercantiles. Sin embargo restringe el accionar estatal a los roles militar, policial, educativo y jurídico, delegando el resto de la regulación social al criterioso y eficiente ámbito del mercado. Esta visión radical del liberalismo fue reeditada con inusitada fuerza durante las décadas del 80 y 90.

De esta forma vemos como la tradición liberal, más allá de sus matices, nos lleva a la tesis del Estado - Sujeto (Poulantzas, 1980). En dicha tesis el Estado aparece “dotado de voluntad racionalizante, de poder propio y de una autonomía tendencialmente absoluta con relación a las clases sociales, siempre exterior a ellas, que impone su política a los intereses divergentes y competitivos de la sociedad civil” (Poulantzas, 1980:158). Así la relación entre Estado-sociedad es captada como una relación de exterioridad, desde la cual el Estado se percibe como un bloque sin fisuras ni contradicciones internas, que opone resistencia a los sectores dominantes y actúa absorbiendo su poder de modo de transformarse en árbitro – o tercero mediador de los distintos intereses sociales.(Abal Medina, Cross; 2003).

Desde la otra orilla, la tradición marxista clásica presenta al Estado con un carácter fetichizador, y reproductor de las contradicciones y desigualdades sociales. De esta forma, la lógica estatal es la sostenerse en el tiempo en tanto garante del capitalismo como modo de producción y reproducción social (O`Donnell 1978). Y por tanto mientras la sociedad siga atravesada en su dinámica,

por el devenir de la contradicción entre capital y trabajo, el Estado tiene un papel importante que desempeñar.

Lo que queda por desentrañar es en que medida el carácter revolucionario del capital es transferido a la institución estatal. Este punto es central para comprender las controversias contemporáneas generadas entre los pensadores marxistas, a partir del proceso de globalización financiera y la preeminencia del capital especulativo por sobre el productivo, que se ha registrado en los últimos años.

Desde una mirada “posmarxista”, la globalización neoliberal ha puesto en tela de juicio nuevamente (como lo puso en su momento el Estado benefactor) al Estado-Nación pero esta vez desde una perspectiva distinta, en cuanto al carácter novedoso de la posición. Esta vez no se discute el rol que debería asumir el Estado, cuales son sus atribuciones “genuinas”, si debe o no intervenir en las esfera económica y hasta que punto, si debe ser empresario o regulador, etc. Lo que se afirma es la irreductibilidad histórica del deterioro de las capacidades del Estado, al haber alcanzado un punto, en la historia del desarrollo del capitalismo, donde la entidad protectora, reguladora y propulsora de la acumulación capitalista viene cumpliendo un papel menos efectivoⁱ (Hardt y Negri, 2001).

En efecto, la corriente autonomista, cuyos mayores referentes son Hardt y Negri, sostiene la pérdida irreversible del carácter central del Estado-Nación como articulador de relaciones sociales, en favor de difusas entidades supranacionales que denominan imperio, o en sus palabras “*La declinante soberanía de los Estados-nación y su creciente incapacidad para regular los intercambios económicos y culturales es en realidad uno de los síntomas primarios de este*

imperio que comienza a emergerⁱⁱ”. Lo que nos interesa aquí es, sin detenernos en las derivaciones que conlleva y en los supuestos que se erigen por detrás, la afirmación de la tendencia a la pérdida de centralidad de los Estados- Nación, al punto de haberse constituidos en entidades irrelevantes o secundarias a los efectos de analizar las relaciones sociales fundamentales de las sociedades que los autores llaman posmodernas. La afirmación no es nada menor, ni la afrenta tampoco, de hecho concentró la atención de gran parte de la discusión teórica desatando una controversia amplia y enriquecedora sobre las transformaciones que, sin lugar a dudas, ha sufrido en los últimos años el Estado- Nación.

De alguna manera, el cambio en la concepción de la centralidad del Estado acarrea consecuencias en muchos órdenes. En primer lugar desde el universo teórico – académico, modifica sustancialmente la concepción de la gravitación del actor fundamental de la escena social. Luego, por su influencia en el mundo del accionar político cotidiano de los actores sociales, dado que dicha lectura ha sido adoptada por significativas expresiones sociales contestatarias (Thwaites Rey, 2003), por lo cual el debate se torna más interesante, sanguíneo y trascendente.

La osada afirmación de Hardt y Negri (2001) sosteniendo que “*la decadencia del Estado- nación no es meramente el resultado de una posición ideológica que podría revertirse mediante un acto de voluntad política; es un proceso estructural e irreversibleⁱⁱⁱ*”, posee, en el sentido de lo expresado en el párrafo anterior, una doble constatación, en primer lugar la supuesta verificación de un proceso irreductible e insoslayable de deterioro de las capacidades del Estado que es “*per se*” muy cuestionable; y en segundo término conlleva una posición política en el

sentido de que el Estado debería dejar de ser el centro al que se orientan las estrategias de una construcción política alternativa.

Nos interesa, a los fines de este trabajo, discutir sólo el primer supuesto, que se complementa en la idea también expresada por estos autores de que *“los factores primarios de producción e intercambio –el dinero, la tecnología, las personas y los bienes- cruzan cada vez con mayor facilidad las fronteras nacionales, con lo cual el Estado Nación tiene cada vez menos poder para regular esos flujos y para imponer su autoridad en la economía. Ya ni siquiera deberíamos concebir a los Estados-Nación más dominantes como autoridades supremas y soberanas, ni fuera de sus fronteras ni dentro de ellas.”^{iv}*

Pensar la decadencia del poder estatal en nuestra realidad es sumamente dificultoso, lo que no obsta asumir las ostensibles transformaciones que los Estado nacionales viene sufriendo (desde su propio origen pero particularmente) en los últimos años. Los Estados periféricos han sido víctimas- y nuestra sociedad es testigo- de un fuerte embate por parte del capital, y pareciera más probable hallar en ello pruebas de lo afirmado por estos autores. Aquí el discurso neoliberal plasmado en el “Consenso de Washington” se asimiló con suma rigidez, derivado tanto del posicionamiento ideológico de la dirigencia, como de las imposiciones producto de un modelo de capitalismo fuertemente dependiente de la asistencia crediticia externa.

Desde este punto de vista coincidimos con que se han disminuido sustancialmente las posibilidades de los estados nacionales de regular los flujos de capital internacionalizado, las relaciones económicas, y han estado presos de las pujas de intereses de los capitales concentrados tanto nacionales como multinacionales.

Sin embargo creemos que este hecho es tanto producto de condicionantes externos, como de un proyecto político que deliberadamente acentuó la tendencia a una mayor gravitación del capital financiero especulativo. El caso Argentino es paradigmático en este sentido, la década del 90 estuvo signada por la mudanza del centro de decisión nacional hacia fuera de sus fronteras (tanto a favor de los organismos multilaterales de crédito, como de algunos gobiernos centrales), y se incrementó, vía endeudamiento, la dependencia con estos sectores.

Internamente, se llevó a cabo un proceso de reconfiguración de las fronteras Estado- sociedad, producto de un notable achicamiento del primero vía privatización de funciones estatales clave^v, transferencia de los monopolios estatales a manos privadas, desregulación y descentralización que modificaron sustancialmente las relaciones entre la esfera pública y la privada (Oszlak, 1999), y consolidaron la acumulación monopólica de los sectores concentrados con pase directo a la Casa Rosada.

Ahora bien, estos procesos mencionados podrían supuestamente dar cuenta de las tendencias descritas por Hartd y Negri, sin embargo, lo notorio, es que se requiere de un Estado fuerte para llevar a cabo todas estas transformaciones (Oszlak, 1997)^{vi}. La enorme ingeniería movilizada para re-regular las relaciones sociales solo era factible con un cuerpo estatal mínimamente fortalecido^{vii}.

Asimismo, como veremos mas adelante, pese a su desmantelamiento, continúa siendo el interlocutor fundamental de todos los sectores sociales con capacidad de alzar la voz. Y de hecho muchos de los movimientos sociales que predicán una construcción “autónoma” se generaron, y desarrollaron producto de las políticas sociales implementadas desde la esfera estatal (Thwaites Rey, 2003).

En términos generales y sucintamente, tomaremos aquí la argumentación desarrollada por Borón (2002) que contiene abundante evidencia empírica, para cuestionar el proceso irreversible anunciado por H&N. En primer lugar es insalvable suponer que las empresas transnacionales, supuestas detentadoras del poder otrora propio de los Estados- Nación, no tengan referencia a una base nacional. Por el contrario el 96% de las doscientas corporaciones más grandes del globo, tienen sus casas matrices, remiten sus ganancias, están registradas y son protegidas por las leyes de sólo ocho países^{viii}. En segundo término, se sostiene que los poderes estatales han sido reconvertidos por los cuerpos jurídico-económicos, tales como el GATT, la OMC, el BM, y el FMI, sin embargo es ostensible el peso que en estos organismo posee el denominado “grupo de los siete” países mas industrializados, y es muy ilustrativo al respecto el papel que el actual gobierno norteamericano ha jugado en la reestructuración de la deuda externa argentina. Es asimismo visible como al contrario de los que señalan los autores respecto de la “cesión” de las soberanías nacionales hacia entidades supranacionales, los países centrales se permiten – y EEUU es el caso paradigmático- violar sistemáticamente los pocos tratados y acuerdos que han firmado. Por último cabe destacar que los Estados de los capitalismos metropolitanos se han fortalecido en los últimos 20 años, lo que se ilustra en el crecimiento interrumpido del gasto público, pese a un cierto descenso relativo. Por nuestra parte, lo que proponemos es retomar la perspectiva del estado como relación, es decir como uno de los modos de cristalización de las relaciones sociales que tienen lugar en el seno de la sociedad (Abal Medina, Cross, 2003).

Por ello, entendemos que el Estado expresa los sucesivos estadios en las relaciones conflictivas entre los actores sociales, teniendo como trasfondo la contradicción capital – trabajo. Esta contradicción, por tanto, no puede pensarse como un condicionante directo de las relaciones sociales, sino como el marco general en que estas se inscriben. Las luchas en torno a la distribución y el acceso de bienes, materiales y simbólicos, en cambio; son el campo inmediato a partir del cual se construye las determinaciones en torno al rol estatal y en el que se referencian y al que se refieren los discursos oficiales en tal sentido, y las manifestaciones colectivas en general.

Entonces el Estado, como producto histórico, se ha transformado y se transforma constantemente, a medida que se transforman las relaciones sociales. Por tanto, en el marco de la relación contradictoria y antagónica entre el capital y el trabajo; la institución estatal continúa siendo el regulador social fundamental de las sociedades actuales.

De este modo el Estado se inserta como un actor central en función de lo que las relaciones de fuerza sociales le impongan. Ello no implica un carácter unívoco y lineal, sino por el contrario una constitución poblada de las contradicciones que le son inherentes.

El Estado se fue configurando históricamente como propulsor de la acumulación capitalista, y fue siempre (casi sin excepciones) un agente fundamental para la reproducción de la acumulación (más allá de las formas que ha asumido históricamente) sostener entonces como señala Borón (2002) que pudiera la clase capitalista trabajar activamente por destruir un instrumento tan útil a su reproducción sería menospreciarla, y no asumir la dimensión de su capacidad.

Ello no obsta a que en determinadas condiciones históricas los capitalistas individuales ataquen a un determinado gobierno, o régimen político, puesto que la racionalidad individual conduce a ello, y es allí donde el Estado gana su sueldo asegurando la reproducción en el largo plazo de todo el sistema, porque es capaz de sostener la reproducción del conjunto incluso en contra de ciertos intereses particulares y coyunturales de determinados sectores estructuralmente dominantes. Es en ese sentido que podemos entender las fisonomías irregulares, contradictorias, fluctuantes, y redundantes de las instituciones estatales, que emergen cristalizando en la “superestructura” los antagonismos producidos en la “base”. Esto significa que en tiempos de reflujos de los sectores populares presenciaremos un tipo de agenda pública caracterizada fundamentalmente por las demandas de los sectores dominantes de la sociedad, y en períodos de mayor conflictividad social, la agenda pública atenderá reivindicaciones de los sectores antes marginados.

Pero el Estado no sólo es sociedad civil -en términos de Gramsci- también es sociedad política y en ese sentido cumple otro rol fundamental, cuando las instituciones no pueden canalizar el conflicto. Allí asume su carácter coercitivo, la represión asoma cuando el consenso no alcanza, y la hegemonía comienza a resquebrajarse. Las nuevas formas de coerción de tipo económico (que conviven con la violencia física), como el desempleo y la precariedad laboral, son estrategias en las que parece que el Estado se debilita en su rol de mediador en el conflicto capital -trabajo. Sin embargo, no es menos cierto que esta aparente debilidad no es más que una opción a favor de los intereses de los empleadores.

Es imposible menoscabar este punto, puesto que en la mayoría de los países periféricos ha sido un paso imprescindible para allanar el camino para la imposición de muchas de las transformaciones antes mencionadas. El rol represivo del Estado es de hecho invocado sobre todo en nuestras sociedades, por ciertos sectores dominantes, como medio de contener la conflictividad social. Esta característica que Weber señalara correctamente, asume una dimensión fundamental en los momentos de ruptura hegemónica y de lucha por la instalación de los proyectos sociales.

2.2 Estado y conflictividad social

El Estado, en tanto entidad política y teórica, no se puede encontrar encarnado en ningún actor social concreto. Tanto el gobierno, como las distintas agencias estatales, forman parte del aparato estatal, pero no lo agotan ni pueden sintetizarlo.

A pesar de esto, en razón de nuestra historia política, el Estado como actor es un referente insoslayable en el accionar de las organizaciones políticas y sociales que pretenden transformar, en alguna medida, el statu quo.

Los hechos ocurridos en diciembre de 2001, parecieron poner en entredicho el liderazgo del Estado como espacio de articulación social y su legitimidad como actor político. Toda la clase dirigente parecía cuestionada e impotente para dar solución y cauce a las demandas sociales. Sin embargo, casi tres años después ese escenario parece muy lejano ¿Qué fue lo que hizo cambiar tan fuertemente el “humor social”? ¿Cuáles fueron los soportes que a la vez que permitieron una relegitimación de las dirigencias, llevaron a un cambio de agenda político y de discurso en torno al rol del Estado? Es evidente que las relaciones de fuerza, en

términos objetivos, entre capital y trabajo no se han modificado sustancialmente. No lo es menos que la pobreza, el desempleo, y el empobrecimiento de los sectores medios, no ha sido revertido en lo profundo. Por eso creemos que el foco de atención debe estar puesto en los aspectos subjetivos, ideológicos, de la construcción de la legitimidad de la autoridad estatal. Para esto, consideramos central mirar el accionar de los actores políticos más relevantes de esa etapa y su rol en las transformaciones mencionadas. Debido a que hacer un análisis de todos ellos excede nuestra capacidad inmediata, proponemos centrarnos en uno de ellos, la CTA. Esta organización se conformó en el contexto de la hegemonía neoliberal, antes de los acontecimientos de diciembre, pero además ha sobrevivido en esta etapa como un actor político de peso.

En este sentido es importante considerar además, que su crecimiento y conformación no puede pensarse sin tomar como referencia al Estado. En primer lugar, porque muchos de los gremios que la componen (ATE, CTERA, Judiciales, SUTEBA, Sanidad, por ejemplo) están conformados por empleados públicos. Por otra parte, más allá de las reivindicaciones sectoriales, la CTA como tal y las distintas organizaciones que la componen (los sindicatos, las distintas federaciones, el IEF, etc.) hicieron del pedido de cambio del rumbo económico y de relación con los organismos de crédito una de sus reivindicaciones más importantes.

La pregunta que surge entonces, frente al posicionamiento de la CTA respecto al gobierno de transición de Duhalde, es en que medida este cambio de agenda es leído por uno de los testigos privilegiados de la conflictividad social de los '90 como un cambio de rumbo producto de su accionar político. Esto adquiere

relevancia en la medida en que como hemos visto, las condiciones “objetivas” tienen un rol que cumplir en la forma en que el Estado se posiciona como actor político, pero las condiciones “subjetivas” no son menos importantes en tren de crear un espacio político para la construcción de legitimidad de la autoridad y liderazgo estatal.

La percepción, y concepción que los distintos actores sociales se hacen del escenario social, así como de cada interlocutor con el que deberán compartirlo, es de carácter fundamental a la hora de configurar las posiciones a tomar y las políticas a llevar a cabo en términos estratégicos. En tal sentido, el lugar que en su composición de la realidad político social ocupe el Estado, así como la racionalidad que se le otorgue, y como se lo conceptualice determinarán el modo en que se interaccione con él y las estrategias que al respecto se desarrollen.

Habida cuenta del papel fundamental que el Estado viene desplegando históricamente en nuestro país, se torna imprescindible analizar cuales son las lecturas que hacen sobre el Estado y sobre su propio accionar por parte de los actores sociales.

Lo que esta en juego en este entramado es la configuración del espacio político, que se nutre de las relaciones de fuerza “concretas” de la sociedad, pero también de las percepciones que permiten a los otros actores modificar el juego de relaciones, establecer condiciones de posibilidad, y para imponer sus demandas en la agenda pública.

En ese sentido, en lo que sigue, analizaremos los posicionamientos discursivos de la CTA, respecto a la crisis de diciembre y los hechos que la antecedieron.

Para esto hemos realizado entrevistas en profundidad con los principales líderes de la central en el año 2002, que hemos actualizado entre abril y septiembre del corriente año.

3. La Central de los Trabajadores Argentinos: Entre la herencia y la renovación.

La CTA surge en el año 1992 como “Congreso de los Trabajadores Argentinos”, presentándose como un espacio sindical de oposición al modelo neoliberal. Los propósitos y el posicionamiento político de los participantes (principalmente dirigentes de ATE, CTERA, SAON y la seccional Villa Constitución de la UOM) fueron plasmados en el “Documento de Burzaco”. Dichos gremios habían, o estaban siendo, duramente afectados por las políticas neoliberales de reforma estatal y precarización laboral, sin que la dirigencia sindical tradicional, encarnada en la CGT, canalizara una oposición cierta en este sentido. De acuerdo con el documento antes mencionado, esta actitud llevaba a los participantes a diferenciarse del “vieja modelo sindical” al que caracterizan como “sostenido por su dependencia del poder político y su [alto] grado de complicidad con el poder económico”. Para esto se proponen ampliar “el debate y las propuestas desde una corriente sindical y hacia un movimiento político y social”, que entre otras “prácticas” debe contemplar la “apertura hacia otras organizaciones sociales que expresen las múltiples demandas de los sectores populares y que reflejan la realidad de los cinco millones de argentinos con problemas de empleo”. Los preceptos de esta nueva corriente sindical y política serían: 1) La autonomía

sindical; 2) La democracia sindical; 3) Apertura a otras organizaciones sociales; y 4) Revalorización de la ética gremial.

Los actos de oposición más salientes de la CTA durante la vigencia de la convertibilidad, fueron la Marcha Federal (1994), la Jornada Nacional de Protesta (1999) y su participación en la convocatoria por “Ni un hogar pobre en la Argentina” llevado a cabo por el Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO), en los días 13, 14 y 15 de diciembre de 2001.

La **Marcha Federal**, de julio de 1994, fue convocada por la CTA junto al MTA y la CCC, entre otras organizaciones sociales y políticas. En esta ocasión, confluyeron trabajadores, productores regionales, empleados municipales, desocupados, dirigentes de organizaciones sindicales, sociales y políticas que se movilizaron desde las distintas regiones del país para encontrarse en un acto en Plaza de Mayo donde se concentraron más de 50 mil personas. En el transcurso de tres días las diversas demandas sectoriales, coincidieron en un mismo punto: el cambio del modelo económico.

Finalmente, la **Jornada nacional de protesta** se realizó el 6 de julio de 1999 a 5 años de la Marcha Federal y significó un hito fundamental en el posicionamiento de la CTA frente al modelo neoliberal, dado que se planteaba (a pocos meses de las elecciones presidenciales) la necesidad de un cambio de rumbo en la política económica como condición de posibilidad del éxito del futuro gobierno (que por entonces se descontaba, sería encabezado por la Alianza).

La consulta popular convocada por el FRENAPO, conformado por varias organizaciones sociales, significaba un claro acto de oposición a la ley de déficit cero impulsada por el entonces ministro de Economía, Domingo Cavallo. La

participación de tres millones de personas confirmaban la necesidad de un cambio de rumbo político y económico que se manifestaría bajo la forma de estallido pocos días después. El hecho de que haya coincidido con el congelamiento de depósitos (conocido como “el corralito”) como último recurso frente a la fuga de depósitos del sistema financiero, no hace más que confirmar lo urgente de esta necesidad. De hecho, antes de los hechos de diciembre, el papel de la CTA como generador de un programa alternativo al neoliberalismo, se había instalado con fuerza, a pesar de su incapacidad para conducir el proceso desatado a partir del 19 y 20 de diciembre:

“Creo que nosotros hicimos un gran aporte a todo lo que fue el antimenemismo desde el punto de vista político. Nosotros ganamos sin duda, este voto en contra que creo que se va a expresar con toda la fuerza el 18 (se refiere al ballotage del 18 de mayo que no llegó a concretarse) es producto seguramente de nuestra lucha, al menos en parte... La CTA ganó y en muchas cosas ganamos Pero al mismo tiempo creo que hay que replantearse que hubo una derrota de los sectores populares. El 19 y 20 de diciembre se podría haber cambiado la historia y parece que perdimos, ¿no? Duhalde ganó. Él hizo el 19 y 20 y ganó, o sea, tienen capacidad para todavía conducir este país en un proceso y darle salida en la puja del poder. Porque con la devaluación, perdieron los bancos y las privatizadas y ganaron los agro-exportadores. Pero redistribución de la riqueza que no hubo. Hay más desocupación que hace un año. Los salarios valen menos ahora que hace un año. Porque si nosotros no nos paramos desde ahí, vamos a seguir y dentro de dos años nos vamos a sentar los mismos tipos que escuchamos hoy y van a decir exactamente lo mismo, no tengo ninguna duda.” Martín, dirigente CTA, mayo 2002.

El papel de la CTA como opositor a partir de la crisis de 2001, se inscribe en una lógica sistémica en la que el papel del Estado en la transformación de la realidad social es central.

“Nosotros no dimos ninguna tregua al gobierno de Duhalde. Yo creo que no hay poder y que perdimos en la coyuntura. Porque a veces no se hace paro no porque uno no quiera sino porque los que tienen que parar son los trabajadores. Hay que hacer un paro, sí. Pero convoca ahora y vas a ver si paran. Es una decisión de poder y no una decisión de “paro el país”. [El objetivo es la] construcción de un proyecto político que pueda reorganizar la sociedad y de ahí tomar el control incluso del aparato del Estado....” Mariano, dirigente ATE y CTA, junio 2002.

Por otra parte, la posición que adopta la CTA en esta coyuntura es la de evitar la profundización de la crisis institucional, habida cuenta de que la “relación de fuerzas existente” les impedía, en su opinión, imponer la dirección del cambio:

“Son otros [actores políticos] los que están conduciendo el proceso, nosotros no tenemos la fuerza para conducir. Si vos intervenís presionando a Duhalde, estás potenciando la fuerza de otro para voltearlo. Hay que ser muy cauto cuando vos intervenís sin tener capacidad de decisión en el rumbo de los acontecimientos, porque el proceso se te pueden volver en contra. Entonces esa cautela es la que hace aparecer a la CTA como quedada... Y a nosotros se nos desdibuja el rol nuestro, en este proceso que te digo.” Esteban, Secretaría Relaciones Internacionales, CTA, mayo 2002.

Por esta razón, el papel de la Central en esa coyuntura era, de acuerdo con sus dirigentes, la creación de un movimiento capaz de imponer un cambio de rumbo en la lógica estatal, que no descarta la toma del aparato del Estado:

“Está claro que es necesario un modelo sindical con autonomía de los partidos políticos, de los grupos económicos y del Estado [como la CTA], que promueva la organización porque nada es mágico y si no organizamos a los millones que están afuera, nadie va a formarlos para esta política y si no nos comunicamos nosotros y nos guiamos por los medios del enemigo que deforman, perdemos tiempo. Eso es lo revolucionario para nosotros. No se trata de hacer un paro o no, sino de organizar esa conciencia de la que hablábamos antes con una posibilidad de destino que es la salida definitiva de los problemas que tenemos.” Mariano, dirigente ATE y CTA, junio 2002.^{ix}

Visto desde la actualidad, el papel de la central en esa crisis, no puede entenderse sino se analiza el modo en que la misma estructura de la CTA fue golpeada y atravesada por las tensiones que dieron lugar al estallido de diciembre. La perplejidad frente a una situación que no pudo ser anticipada por la dirigencia, y el miedo generalizado a una “salida por derecha”, enfrentaron a los dirigentes de distintas extracciones y orígenes ideológicos, poniendo en evidencia las debilidades de una construcción que parecía haberse consolidado en los meses anteriores a la crisis:

“A comienzos del 2000, después del congreso de Mar del Plata del '99, se toma la definición de tomar la ofensiva. Esa ofensiva se construyó hasta desembocar en la consulta popular del 2001. Bueno, después entró la crisis general y nos puso en crisis a nosotros. Habíamos avanzado en una concepción política, en los objetivos políticos, habíamos logrado generar un movimiento en función de esos objetivos, pero la crisis que atravesó a todos, que puso en discusión todo, puso en evidencia que nosotros no habíamos avanzado lo suficiente en términos orgánicos...” Javier, dirigente nacional CTA, julio 2004.

No obstante lo cual, se sigue manteniendo la idea de que el proceso que llevó al fin del gobierno de De la Rúa y a los cambios de discurso actual, sigue

fuertemente relacionado con el rol opositor de las organizaciones sociales en los 90, de los cuales la CTA ha sido parte fundamental:

Sin embargo, todo lo que ocurre hoy, inclusive a nivel América Latina, es producto de todos los procesos de resistencia encamados por diversos movimientos sociales, como la CTA por ejemplo, que fueron modificando las condiciones políticas... Más allá de Kirchner, la Argentina es producto de esa crisis, de esa conflictividad social, si hubiera sido "otro Menem" esto hubiera explotado." Javier, dirigente nacional CTA, julio 2004.

Curiosamente, el perfil menos "antipopular" del gobierno de Kirchner ha generado, y sigue generando, numerosas crisis al interior de estas organizaciones que surgieron como "opositoras", y la CTA no es una excepción.

Para los otros grupos no pasa nada. Kirchner es igual que Menem o que De la Rúa y no ha cambiado nada en la Argentina, eso es un error político grosero. Entonces uno tiene que estar atento a esto con una política correcta que se tiene que reflejar en una política de acción concreta. Esto es lo que nosotros tratamos de hacer... El problema es que algunos creen que si se van Kirchner vienen ellos, pero nosotros sabemos que si este gobierno fracasa, lo que viene es la derecha, la represión, otra vez lo mismo. Alfredo, dirigente nacional FTV. Mayo 2004.

La cuestión que subyace es nuevamente el miedo a una "salida por derecha" o bien a "quedar pegado" con un gobierno que no es propio y que contiene en sus estructuras a muchos representantes de la vieja dirigencia, frente a la que la Central se plantea como alternativa:

"En algunas cosas hay acuerdo, por ejemplo, que este gobierno es un gobierno en disputa, la mesa nacional de la CTA lo acepta... Algunos están más de un lado y otros del otro. Algunos dicen "está en disputa y vamos a llevar a que esa disputa se resuelva para nuestro lado" y otros dicen "vamos a ver qué pasa, no definimos, nosotros no vamos a ser los que van a inclinar la balanza". Samuel, dirigente FTV, Pcia. de Buenos Aires, junio 2004.

"En la organización hay mayor conciencia de la necesidad de la acción y en este contexto nos cuesta porque en realidad la dinámica de la resistencia se transformó no en una costumbre, sino casi en una cultura... no sabes actuar sino es reaccionando" Javier, dirigente nacional CTA, julio 2004

De esta forma vemos como los cambios producidos en la esfera estatal, aún cuando hayan sido en un sentido más afín a la ideología de la CTA, obligan a su reconfiguración como actor político. Así se observa el doble juego al que hacíamos referencia, si la CTA influyó con su acción en la construcción de un discurso de oposición al modelo neoliberal, cuando ese discurso fue adoptado por el Estado,

ésta se vio obligada a redefinir sus estrategias de intervención, lo que generó una fuente adicional de tensiones a su interior. De esta forma, el carácter dinámico de la relación entre el Estado y otros actores políticos atañe no sólo a la interacción entre ellos, sino también a su misma configuración.

4. Conclusiones

Se desprende de los análisis de la lectura de los actores entrevistados (CTA- FTV) que la concepción que tienen del Estado es la de un espacio de cristalización de intereses en pugna, lo que permite sustentar muchas de sus prácticas orientadas hacia el Estado. Ilustrativo de esto son los posicionamientos de muchas de estas organizaciones a lo largo de los 90 en contra del modelo económico, que es en definitiva un posicionamiento que trasciende los intereses sectoriales de cada actor particular. La CTA fue como hemos visto uno de los aglutinadores de las corrientes opositoras que se manifestaron durante los 90. Las agrupaciones piqueteras, incluso por su reclamo particular, trascienden las fronteras de lo sectorial, de manera tal que la demanda por el trabajo, constituye en si misma una oposición al modelo.

En la lectura de algunos de los dirigentes de las organizaciones que incluimos, queda claro que si bien los hechos ocurridos los tomaron por sorpresa, su acción a favor de articular una alternativa a la ofensiva neoliberal había contribuido a dotar de contenido las demandas por un cambio de “modelo”. De esta forma, los esfuerzos desplegados por las organizaciones en aras de construir una oposición al modelo de convertibilidad y al neoliberalismo en general, fueron un abono fundamental al proceso de caída del gobierno de De la Rúa. Y si bien existen

diferencias en cuanto la lectura del desarrollo del proceso, su dirección, y sus potencialidades, existe consenso en cuanto a la contribución de las organizaciones sociales a la ruptura con un modelo, y en definitiva, al cambio de agenda pública.

Desde este punto de vista, encontramos que el Estado mismo se constituye en espacio de disputa, al menos para algunos de estos actores. En efecto, la lectura que se hace del gobierno de transición de Duhalde, quien para los dirigentes de la CTA no era considerado un aliado, pero era visto como la opción menos mala en esa coyuntura. Se entendía que producto de las relaciones de fuerza existentes, que no les permitían conducir un proceso de transformación, no era prudente debilitar un gobierno de por sí frágil, por el temor a una salida por derecha.

Algo similar ocurre con las posiciones tomadas ante el actual gobierno de Kirchner, que es considerado como un “gobierno en disputa”, y por tanto –según algunos dirigentes- como una oportunidad de operar a favor de la implementación de una agenda pública con las reivindicaciones representadas por estos sectores. Este recorrido ha permitido analizar en qué medida las valoraciones subjetivas respecto a las coyunturas políticas constituyen un elemento fundamental para comprender las estrategias de los actores políticos, de entre los cuales el Estado es el fundamental, al menos en nuestro país.

De esta forma aparece en toda su dimensión el componente dinámico del Estado como espacio de cristalización de las tensiones y luchas societales. A la vez, podemos ver en qué medida los discursos que intentan presentarlo como una institución del pasado, sin peso ni capacidad de reconfigurarse frente a las transformaciones experimentadas durante las últimas décadas, exigen ser

revisados a la luz de los acontecimientos concretos, histórica y geográficamente situado. En términos de Marx "Es doctrinario el método que consiste en oponerse a la realidad existente sin observar en ella las condiciones y las contradicciones explosivas que están ya actuando y que permiten superarla."

Bibliografía

- Gramsci Cuadernos de la cárcel: Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno, Juan Pablos Editor (México, 1986).
- Poulantzas (1980) Estado, poder y socialismo. Siglo veintiuno. Madrid, 1980.
- Oszlak, "Estado y sociedad nuevas reglas del juego", en revista del CLAD, octubre 1997
- Abal Medina y Cross (2003) "Los trabajadores desocupados frente al derrumbe de la sociedad salarial. Repensando las categorías de Robert Castel a partir del surgimiento de las organizaciones piqueteras" presentado en 6º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Grupo Temático: "Expresiones, intereses y estrategias en los conflictos sociales y sindicales" 13 al 16 de agosto
- Martuccelli y Svampa (1997) La Plaza Vacía. Las transformaciones del peronismo, Losada, Buenos Aires
- Hardt Negri y (2001) Imperio, Paidós, Buenos Aires
- Thwaites Rey (2003) "La autonomía como mito y como posibilidad", www.cordobanexo.com.ar/temas/junio03/autonomia.htm
- Boron, (2002) Imperio & Imperialismo: CLACSO, Buenos Aires.
- Keynes, John Mayard, 1972 (1926) "The end of laissez faire" In The Collected Writing of JMK, VOL9, 3ed London: Macmillan
- Oszlak (1999) "Quemar las naves o como lograr reformas estatales irreversibles" Trabajo presentado al IV Congreso Internacional de CLAD

sobre Reforma del Estado y Administración Pública, Mexico, 19 al 22 de Octubre.

- O'Donnell, "Apuntes para una teoría del Estado. Revista Mexicana de Sociología, XI, 4, 1978.

* Becaria CEIL-PIETTE CONICET, Docente UBA, UNLZ

** Becario CEIL PIETTE CONICET, Docente UBA

ⁱ Lo que para esta corriente no implica un aspecto negativo, así se sostiene: "...creemos que es un grave error abrigar cualquier sentimiento de nostalgia por los poderes del Estado Nación o resucitar cualquier política que ensalce la nación..." (Hardt y Negri 2001)

ⁱⁱ M. Hardt y T. Negri , IMPERIO, PAidos, Buenos Aires, 2001, p. 14

ⁱⁱⁱ M. Hardt y T. Negri , IMPERIO, PAidos, Buenos Aires, 2001, p. 308

^{iv} M. Hardt y T. Negri , IMPERIO, PAidos, Buenos Aires, 2001, p. 13

^v Incluso servicios de previsión social y seguridad, que ni en la versión más radical del liberalismo economicista, parecían ser atribuciones delegables, según hemos visto.

^{vi} Oszlak, O (1997): "Estado y sociedad nuevas reglas del juego", en revista del CLAD, octubre.

^{vii} Resulta impensable, y la historia lo confirma, plantear la salida de las crisis cíclicas del capitalismo sin una resuelta intervención el Estado, desde sus inicios y particularmente a lo largo del siglo XX, el Estado fue muy eficiente en estas tareas.

^{viii} Para mayor desarrollo del tema ver Boron, 2002

^{ix} El nombre del entrevistado, como el de todos los que se mencionan es este trabajo, es ficticio. No así la fecha y su pertenencia institucional.